

EL ENTREACTO.

PERIODICO DE TEATROS, LITERATURA Y ARTES.

Sale jueves y domingos. Los suscritores reciben *gratis* todos los meses, un drama nuevo y una hermosa estampa; y tienen entrada en un gabinete particular de lectura, establecido en el despacho del periódico, calle de la Montera número 14.

Se suscribe á 8 rs. mensuales, 20 por trimestre y 28 para las provincias franco de porte.

PUNTOS DE SUSCRICION. En el despacho del periódico, y en la librería de Rios, calle de Carretas, frente á la imprenta nacional.

ADVERTENCIA.

Con el próximo número recibirán nuestros suscritores la comedia perteneciente al presente mes.

EL CASTILLO DE CABRA. 1340.

I.

Apenas doraba el sol con sus últimos rayos las pardas almenas del castillo de Cabra, cuando D. Juan Ponce su propietario, salió de la habitación en que acostumbraba á estar y se dirigió pensativo á la torre de Oeste. Ya iba á meter la llave en la cerradura de una de sus puertas, cuando un hombre en traje de camino y lleno de polvo, se acercó á él apresuradamente.—¿Viste al gran Maestre de Alcántara? preguntó Ponce.—Sí señor. Díjome que dentro de dos horas debíais ir á ver á quien vos sabeis, y que esta noche fuese yo á su castillo para acompañarle hasta aquí; quiere hablaros en secreto.—Está bien, Rui Perez; retírate.—Entró en seguida el caballero en la torre. Sentada en un sitial estaba una hermosa joven pobremente vestida; su aire es sombrío, su mirar tétrico, y el disgusto y la languidez se ven pintados en su rostro; algunas lágrimas que se deslizan por sus mejillas van á deshacerse en su agitado pecho. Al entrar el de Ponce en la habitación, se levanta la joven llena de terror.—Cielos!... sois vos?—El mismo, Elisa, sosegaos... sabeis cuán puro es mi amor; dadme alguna esperanza....—Jamás, ya os he dicho que no puedo amaros; vuestra audacia me irrita, vuestra presencia me es odiosa.—Insensata!... me desprecias.—No os desprecio, pero no os amo.

En vano pretende el caballero oír una palabra de esperanza: sus súplicas, sus amenazas, nada puede hacer variar de resolución á la hermosa joven. Oye-se entonces un reló, y el propietario del castillo de Cabra, sale de la habitación, diciendo: «malditos sean el rey de Marruecos y el Maestre de Alcántara.

II.

Es de noche; negras y agrupadas nubes impiden ver el astro nocturno.... no se oye el mas pequeño ruido, excepto el grito de funeral mochuelo. Elisa asomada á la ventana de la torre, recorre con ojos impacientes la oscuridad que la rodea.—Nada se oye... ¡Ah!... acaso se hayan frustrado sus planes; en el papel que atado á una piedra me arrojó, decía que esta noche tuviese abierta la ventana, que él conseguiría escalar mi prisión.... sin embargo, tarda mucho.... me parece que oigo pasos en el foso.... sí, él es!... Oh dicha!... ya ha doblado la esarpa... ya vá trepando por las piedras con la espada en la boca... el estado ruinoso de esta parte de la muralla le favorece... Fernando!....

—Elisa mia, dijo el joven saltando por la ventana; al fin te vuelvo á ver!

—Sí; pero en qué estado?... sola, triste, desesperada; despues de aquella noche fatal en que hospedamos en nuestra casa á D. Juan Ponce y á sus criados, perdidos en el bosque de vuelta de caza, despues de aquella funesta noche en que el monstruo pagó con el rapto la hospitalidad que le dimos, no he tenido un momento de tranquilidad; mis lágrimas han corrido por mis mejillas pálidas y marchitas... tu memoria me desgarraba el corazon.... porque, Fernando, te amo tanto!... Oh! sin tí no puedo vivir!...

—Tu me eres tan precisa como el aliento que respiro.... Elisa adorada, manantial de delicias y placeres!... Qué no haria yo por librarte de tu opresor.... pensé esponer mi queja al justiciero rey Alfonso.. seguramente no dejaría impune tal crimen; pero me he contenido al pensar que Ponce lo sabría y te trasladaría á otro sitio mas seguro, adonde acaso no podría verte... Pero voy á leer estos papeles... he tenido un encuentro...

Dios mio!... no habia observado que tu mano está ensangrentada... ¿qué te ha sucedido?... habla.

—Cuando llegaba cerca del castillo, divisé dos hombres que caminaban despacio hablando en secreto: me acerqué á un árbol que estaba próximo á ellos y no pude entender sobre qué versaba su conversacion.... uno de ellos me vió, y advirtiéndoselo á su compañero, ambos sacaron las espadas y cayeron sobre mí con el

mayor furor.... la lucha era desigual, pero tu memoria me dió valor y fuerzas, y á pocos golpes cayó uno á mis pies y el otro huyó por la espesura. Entonces me llevo al que mordía el polvo; pero la oscuridad me impide conocerle... le registro y encuentro estos papeles... en el calor de la pelea no eché de ver que la punta de una espada había arañado ligeramente mi mano, pero si entendí claramente que el uno gritaba: «Es preciso que muera, Rui, ha oído la conversacion y estamos perdidos... Díselo á tu amo si sales con vida.»

—Santo Dios!... ¿Qué hubiera sido de mi si cayeras á los golpes de tus asesinos?

El jóven se puso á leer los papeles á la luz de una lámpara que pendía del techo, y Elisa seguía con la vista sus movimientos.

—Que hallazgo!... exclamó Fernando.

—Que es eso?... estás trémulo!.... Oh!.... no sé que pensar.

—Elisa, dame tus brazos.... ahora mismo voy.... si, no debo perder momento... Diciendo esto ya estaba sobre la ventana el animoso jóven.

—Pero Fernando!...

—A Dios, alma mia, aun podemos ser felices si el cielo me proteje!.

III.

—Eso es esacto?

—No lo dudeis; los papeles os convencerán mejor que mis palabras... él os ha usurpado vuestro castillo de Cabra, y á mi me ha robado la prenda que mas quiero; ambos podemos quedar vengados. En esta ocasion no puede contar con el valimiento del gran maestro de Alcántara.

—Oh!... en sabiendo Alfonso la inteligencia que tienen con los moros el maestro de Alcántara y D. Juan Ponce, castigará la traicion, vos recobrareis vuestra amada y yo mi feudo.

—El que os desgraciaba con el rey que era el Maestro, ya no puede hacer daño; estos papeles firmados de su puño son su causa y su sentencia.

—Voy á hablar á Alfonso; no salgais de aqui hasta que vuelva: á Dios, Fernando.

—Guarde el cielo al gran maestro de Calatrava.

IV.

—Con que un solo hombre os hizo huir?...

—Aquel no era hombre, era un demonio; yo quedé tendido en tierra atontado de un golpe que me descargó en la cabeza, felizmente de plano; á no ser asi, estoy á estas horas con mis abuelos. Entonces debió quitarme los papeles.

—Estamos perdidos, Maestro.

—Lo sé, Ponce. Y que hacemos?..... Pasarnos al moro?...

—Si podemos, es nuestro único recurso. Lo que siento, pesa mi alma, es que por acudir á vuestra cita, no pude sacar partido de una jóven que tengo encerrada aquí, y que ya se iba dando á partido.... queria nada menos que atravesarme el corazon con mi daga.

En esta conversacion oyeron ruido de caballos en el patio del castillo; apeáronse multitud de ginetes, á cuyo frente venian el gran maestro de Calatrava, y Fernando. Al entrar la comparsa en el salon, exclamó Ponce.

—Maestre, que es esto?... Que venis á hacer aqui?..

—Tomar en nombre del rey Alfonso posesion de éste mi castillo.

—Será posible!...

—Y yo, interrumpió Fernando, á rescatar una jóven que pretendias seducir.

—Maldicion!.. gritó el de Alcántara.

—A las armas, dijo el de Ponce.

—Es inútil toda resistencia; he aqui la orden firmada de Alfonso... nadie se mueva sino quiere morir. Vos maestro de Alcántara, dadme vuestra espada; quedais preso. Seguidme.

Dos dias despues fueron degollados publicamente el gran maestro de Alcántara y D. Juan Ponce, por traidores al rey.

Dos dias despues el rey Alfonso hizo escudero suyo á Fernando, que recibió ante el altar la mano de la bella Elisa.

UN DIA DESGRACIADO.

Hay dias funestos en que todo se conjura contra uno para disgustarle; dias que el destino marcó en la vida del hombre con una raya negra, dias en fin en que cualquiera cosa que se emprenda sale mal, y en que es preciso sufrir con paciencia la adversidad de la suerte para no ahorcarse de un balcon, como díz que hacen los musulmanes á quienes el Gran Señor envia por obsequio el cordon verde.

Ayer fue para mi uno de estos dias. Aun no serian las ocho de la mañana, cuando un amigo entró en mi cuarto abriendo puertas y ventanas, y metiendo ruido para despertarme—Vamos arriba, perczoso, las ocho de la mañana y aun estás en la cama?...—Si hombre, porque he pasado muy mala noche.—Siento haberte incomodado; si lo hubiera sabido...—No me has incomodado, pero... oye, ¿y por qué vienes con esos pertrechos militares?...—Porque estoy de guardia ahí abajo, y dije para mí, voy á almorzar con M.—Bien hecho. Llamé á mi criado, me vestí, y dispuse que nos dieran de almorzar; gasto extraordinario que no se descuidará mi patrona de ponerme en cuenta. Acabado el desayuno, mi amigo se fue á su guardia, y yo me dispuse á salir de casa para ver á una dama que me habia mandado á llamar. En cuanto me encontré en la calle vi un tuerco, un jorobado, un editor, un empresario de teatros y un alguacil; tentado estuve de volver á casa y no salir de ella en quince dias, pero mi aciaga suerte lo tenia dispuesto de otro modo.

Bajaba yo por la calle de la Montera bastante de prisa, ansiando el momento de presentarme á mi bella, que segun mi cálculo debia dar una contestacion favorable á mis amorosas súplicas, cuando al llegar frente á una tienda de joyería me escurro en una cáscara de

melon y caigo de lado sobre un magnífico escaparate de cristal que hice pedazos con un codo, causando un mediano destrozo en las baratijas que contenia. Felizmente no me lastimé la carne: solo el bolsillo; pues el amo de la tienda me conminó del modo mas enérgico á que le pagára los daños y perjuicios. Su peticion no podia ser mas justa; me puso la cuenta de lo que valian los chismes que habia roto, pagué lo que importaba y me alejé de la tienda maldiciendo mi estrella. El mercader se quedó algo mas satisfecho, pues la valuacion de los efectos no arruinó ciertamente á la *compañía*.

Llego á casa de mi amada, y cuando yo esperaba oír de sus labios el sí apetecido, me encuentro con que una criada me dá una cartita muy enca en que se me advertia que prescindiase de obsequios, porque mi amada habia entregado su corazon hacía tiempo á otro hombre á quien jamas podria ser infiel. Señor! señor!.. esclamaba yo, ¿tantas desgracias á un tiempo?

Me retiré abismado en reflexiones sobre la carta de la dama, considerando cuan caprichosas son las mujeres bonitas; porque han de saber vds. que hasta que me declaré en forma me trató con suma amabilidad, con una deferencia particular que á mí me daba las mas alhagüenas esperanzas, y á mis competidores muy amargos ratos. Y por qué cuando la declaro esplicitamente mi passion me sale con que no puede amarme?... A qué alimentar mi fuego para apagarle despues?... Esto tambien entra en mi suerte.

Evacué ciertos negocios que me interesaban, y fuime por la tarde, segun tengo de costumbre, á comer á la fonda. Mientras me servian la sopa, advirtiéndome que el vaso estaba empañado me puse á limpiarle con la servilleta, y ya fuese porque estuviese cascado, ya porque yo me diese mala maña, lo cierto es que le rompí: me trageron otro y acabada la comida pagué su valor y dígele al mozo que otra vez me pusiese los vasos limpios. El me reprodujo con aquella buena educacion que distingue á los criados españoles, «que si no me hubiera hecho el escurpulo no le hubiese roto, y que le pagará por él seis rs.—El vaso ha muerto en su oficio, repuse yo, lo mismo que un taco de villar que se rompe al picar una bola, ó una pistola que se inutiliza tirando al blanco.—Vd. tendrá razon, pero yo tengo que dar cuenta al amo.. y estoy decido á que no salga vd. de aquí sin pagar el vaso.—Y yo estoy decidido, seor atrevido, á romperle los cascos de un botellazo si continua en sus insolencias.

Por cortar de una vez la disputa, voy á pagarle el vaso, y veo que no me queda un cuarto en el bolsillo; y el amable mozo, no obstante que siempre que me sirve le doy un real ó dos de propina, se empeña en que deje una prenda hasta que traiga el importe. Asi hubiera sucedido á no haber entrado en aquel momento un amigo á quien pedí dinero para salir del apuro.

Por la tarde perdí ó me robaron el pañuelo en paseo: llegada la noche fuí á una casa de tertulia, dejé el sombrero en la antesala, y cuando salí no le encontré y tuve que marcharme á mi casa con la cabeza al aire; al llegar á ella me acometen dos hombres, me dan unos cuantos garrotazos, á mis gritos conocen que se han equivocado, me piden perdon, y echan á correr.

Subo á mi habitacion reñegando de mi fortuna y mí mismo, y veo sobre mi mesa una esquelita, la al y leo. «Para mañana á las diez hace falta un articulo festivo de cinco ó seis cuartillas.—Tu amigo P.

Este papel puso el colmo á mi despecho; ¡para *fiestas* estoy yo!... Si fuera para darme al diablo! Cojo la pluma y contesto: Amigo P.; el dia de hoy ha sido funestísimo para mí; no estoy para escribir nada mucho menos en estilo festivo; que dispensen por los suscritores, y para el número del domingo procuraré complacerte.

POESIA.

Ven harpa del placer y los amores,
harto tus cuerdas mi dolor lloraron,
si tu voz no agotaron mis dolores
ven á ensayar la voz que te dejaron.

El pueblo no feliz, indiferente,
rie y canta, no libre, desengañado,
y entre la turba de la alegre gente
no le queda lugar al desdichado.

¿Por qué llorar aquí? Luz es el cielo,
bosques la tierra, fuentes y jardines,
lejos, harpa, de tí cantos de duelo,
ven á ensayar la voz de los festines.

El gozo y el dolor me darán tonos,
las soledades ó el tumulto oídos,
los templos, las cabañas y los tronos
himnos, endechas, cantos y gemidos.

Cantaré al susurrar de manso viento,
cantaré al rebramar del torbellino,
ya me cobijé alcazar opulento,
ya la choza de humilde campesino.

Ven á mis manos pues, harpa sonora,
nuestros dias la muerte vá contando;
pues al fin pasarán hora por hora
á tu dulce compás irán pasando.

JOSE ZORRILLA.

ACADEMIA FILARMÓNICA MATRITENSE.

En la noche del 22 tuvo lugar el concierto dado en obsequio de S. M. la Augusta Reina Gobernadora. Las ocho de la noche la iluminacion de la puerta, el piquete de Salvaguardias, y el inmenso concurso que ocupaba las inmediaciones del edificio, ya anunciaba los preparativos de alguna funcion extraordinaria. La escalera estaba alfombrada: habia infinitos tiestos colocados á los lados: varios hachas de cera la iluminaban y guirnalda de flores de mano contribuian á hacer mas esquisito su adorno. A la puerta de la escalera, una comision nombrada de entre los socios, vestidos de rigurosa sociedad, estaba encargada de recibir á las per-

mas convidadas. En la pieza que antecede al salon se hallaban otros, dando programas y lindos ramilletes de flores naturales, á las señoras concurrentes. En el salon, adornado con elegancia y sencillez, y perfectamente iluminado, se respiraba el ambiente mas agradable, perfumado por los centenares de ramos que formaban la mas graciosa visualidad en las blancas manos y las hermosas que los tenian. La concurrencia, compuesta de unas quinientas personas, fué de lo mas espidido de la corte.

A las nueve y media llegó S. M., y al pie de la escalera fué recibida por algunos individuos de la junta gubernativa del establecimiento, entre otros los Sres. Duque de la Roca, Valgornera y Onís: los cuales la presentaron el ramillete en un muy bonito *porte-bouquet* de concha. S. M. aceptó este corto obsequio con la amabilidad que la caracteriza, y al entrar en el salon los socios facultativos del establecimiento la recibieron cantando el himno del maestro Sors, compuesto expresamente y dedicado á la augusta Soberana: al que siguieron las piezas que á continuacion se espresan.

Un terceto del maestro Mayerber, por los señores Perez, académico de número; Salas, de mérito, y Rodriguez Calonge: unas variaciones de violin, del maestro Periot, por el Sr. Siguerdt, académico de mérito: una romanza con coros, de la *Esmeralda*, del maestro Mazucato, por la señorita de Ezpeleta, académica de mérito: una ária coreada á toda orquesta, del maestro Radier, académico de mérito y Vice-Director, por el Sr. Perez: un duo á toda orquesta, del maestro Saldo, compuesto expresamente para la señora Montenegro y señorita Azcona, académicas de mérito.

Hasta aqui la primera parte.

Concluida ésta fué invitada S. M. á pasar á una pieza donde le estaba preparado el refresco.

Los concurrentes que quisieron disfrutaron tambien de esta ventaja, pues habia dispuesto de esprofeso un café en el mismo local.

Despues de un intermedio de media hora dió principio la segunda parte, en la que se ejecutaron las piezas siguientes:

Sinfonia de Guillermo Tell, del mastro Rossini: una romanza de Tebaldo, del maestro Morlacchi, con acompañamiento de arpa y flauta, por la señora de Montenegro: un duo de cornos ingleses, con acompañamiento de orquesta, del maestro D. Mariano Rodriguez, por los señores Académicos de mérito Broca, y Rodriguez: una ária bufa á toda orquesta, compuesta expresamente para el señor Salas, académico de mérito, por el director Inzenga.

El rondó que debia cantar la señorita de Azcona no pudo tener efecto por indisposicion repentina de la misma.

La funcion se concluyó á las doce y media, y S. M. salió sumamente complacida.

De intento no hemos querido hacer clasificaciones hablando del desempeño de las piezas, ni del mérito de las nuevas: todas estuvieron perfectamente ejecutadas, todas gustaron, y el público, que al principio se abstenia de dar muestras de agrado por respeto á S. M., las aplaudió despues todas cuando la Reina le dijo á uno

de los de la junta, «que podía aplaudirse, pues no queria que por estar ella presente se privasen de este justo desahogo.»

La sociedad ha dado con este concierto una nueva prueba de su ilustracion, y de lo mucho que se desvela por el progreso del arte encantador de la música. Loor, pues, á la corporacion que recibe á la vez los aplausos lisonjeros del público, y las bendiciones de los artistas. =P.

JUAN DANDOLO,

Drama en tres actos y en verso, original de los señores Zorrilla y Garcia Gutierrez.

Anoche se estrenó esta produccion, y creyendo que merece un artículo escrito con alguna detencion nos reservamos hacer el juicio crítico para el número inmediato, limitándonos en este á dar una idea de las primeras impresiones que en nosotros ha producido.

El drama no pertenece á la escuela malamente llamada clásica, ni tampoco está revestido de las exageradas formas románticas. No es de gran efecto, si bien muy ordenado en los detalles.

Se resiente en lo general de poco conocimiento del teatro, y esto es debido sin duda á la poca práctica de uno de sus autores. Los principales personajes no interesan lo que debian, por haber mezclado rasgos mezquinos á las grandes pasiones que aquellos se propusieron que sirviesen de base para ciertos caracteres. Esto es poco conocimiento del corazon humano: mas nada tiene de extraño atendiendo á la corta edad de sus distinguidos autores, cuyo reconocido talento nos autoriza á ser tan rigurosos con ellos.

En cambio hay infinitas bellezas, en la versificacion sobre todo. En el número del domingo seremos mas prolijos en enumerarlas.

En cuanto á su desempeño... al fin del drama impreso se lee la nota que copiamos á continuacion.

«Fué ejecutado éste drama en el teatro del Príncipe por las señoras La Madrid, (D^a T.) Sierra, Parra, y Lopez; y los Sres. Lombardia, Alverá, Campos, Silvestri, Lumbreras, París, Ramirez, Cobos, y Reyes.»

Ya lo oyen vds.: EL DRAMA FUE EJECUTADO...

Cuidado, señores, que no somos nosotros, sino los autores ó el editor, quienes lo dicen.

Belégrafó literario.

MUERTE DE SORS. Este célebre guitarrista español ha fallecido últimamente en París; y sus exequias se celebraron el viernes 12 del corriente en la iglesia de S. Roque de aquella capital.

MUSICA. El profesor D. Joaquin Espin ha compuesto en el corto espacio de veinte horas unos gozos á la *Virgen*, que se han cantado en la funcion del Carmen, y cuyo efecto ha sido sorprendente.